

Tres de cada diez mujeres que trabajan en el medio rural tienen estudios universitarios

Las mayores lamentan la falta de relevo, mientras la nueva hornada diversifica sus funciones y gana terreno en sectores masculinizados

LUIS JAVIER GONZÁLEZ



SEGOVIA. Fuencisla Montes, con los 65 años recién cumplidos, apura dos años más de vida laboral en su tienda de ultramarinos, el punto neurálgico de Olombrada en el que lleva más de veinte años de atención a la clientela. Ella cogió el negocio tras la jubilación del anterior propietario y le gustaría que hubiera un relevo, aunque las cosas han cambiado mucho. Siempre habla en femenino de su potencial sucesora. «Ya no es como antes, que las mujeres estaban más sometidas a las cosas de casa, somos más libres, no se nos pone nada por delante, ya hacemos de todo», afirma. En su infancia, hace ya medio siglo, no recuerda ningún puesto de trabajo ocupado por mujeres. «Alguna habría, pero no lo recuerdo», admite. Ahora las hay que limpian, que están en la panadería, en el colegio, repartiendo el correo, en los bares o en las tiendas.

El 41% de las mujeres de la región trabajan por cuenta ajena; el 36% son autónomas y un 14% en desempleo. En explotaciones de regadío, las mujeres representan solo el 9% del empleo, proporción que se duplica hasta el 18% en el secano. De las 1.055 agricultoras que trabajan en granjas en España, la comunidad donde hay más mano de obra femenina es Castilla y León, con 464. «Las mujeres son las que tienen las tierras más pequeñas», subraya la presidenta de la Federación de la Mujer Rural (Femur), Juana Borrego. En ganadería extensiva hay un 8%; otro 6% en empresas de servicio; otro 3% en agroalimentarias y un 4% dedicadas al turismo.

«Con lo que era antes...»

Fuencisla se marchó en la adolescencia a trabajar a Valladolid, donde se casó con otro vecino de Olombrada y tuvo dos hijos. La familia se trasladó a Palma de Mallorca en busca de empleo para su marido, albañil. «Al cabo de unos años se nos hizo demasiado pequeño; la isla no era para



Una mujer trabajando en el sector resinero. FRAN JIMÉNEZ

nosotros. Nos volvimos, pero yo a la capital no quería ir, así que nos vinimos al pueblo». Una vez hecho el traslado, ella asumió su naturaleza inquieta. «No puedo estar parada en casa», reconoce. Primero, cogió un bar, que gestionó unos cinco años. Después

a la tienda. Estuvo un par de años en un local modesto hasta que se mudaron a una casa más amplia en el centro de la localidad. Compró el establecimiento y ahora presume de regentar una «tienda grandecita».

En el local hay fruta. Había pes-

«Los negocios en los pueblos los mantiene la gente mayor», reconoce Fuencisla Montes, quien regenta un ultramarinos

cadería, pero dejó de funcionar porque el volumen de negocio no daba para pagar a la mujer que la atendía. También hay un muestrario de ropa, un negocio que gestiona otro vecino. Y mercería. «Como en el pueblo quitaron las carnicerías, me he metido poco a poco y me traen algo de carne una vez a la semana para por lo menos atender a la gente». La clientela también encuentra congelados en su tienda.

Su negocio resiste al declive inevitable de su pueblo. «Con lo que era antes... ahora se ha quedado en nada», se lamenta Fuencisla Montes. De los cinco bares que había, quedan tres, pero el municipio supera los 500 vecinos censados. Como en tantos lugares, los inviernos son duros, una época que ya se acerca. Un viernes a las diez y media de la mañana solo ha pasado un cliente y en un día aciago de enero calcula que acude en torno a una veintena. Eso sí, en los meses de julio y agosto se triplica, con colas en la calle para entrar a comprar.

La tienda de Fuencisla sigue siendo rentable. «Vamos tirando; aquí hay días o semanas que trabajas bien y otros peor», comenta. Ella tiene claro dejarlo en cuanto llegue a su mínimo de jubilación; aunque piense en voz alta que «luego a lo mejor estoy en casa sin parar porque he estado siempre de un lado para otro».

La formación es clave

Esta segoviana de Olombrada pondrá de su parte para que el negocio continúe. Ya se plantea alquilarlo cuando llegue el momento. «Es una pena que después de que se ha montado esto, se cierre. Como cada año va a menos, los números igual no dan; pero claro, no tiene que comprar las cámaras y hacer toda la inversión, que yo tuve que empezar de cero», explica la tendera. Es consciente de la responsabilidad que conlleva regentar un local así. «Los negocios en

«Las jóvenes quieren irse porque no hay nada, ni cines, ni bares»

L. J. G.

SEGOVIA. «Las jóvenes están más acostumbradas a la ciudad, quieren salir del mundo rural porque no hay nada, ni cines, ni bares; cuando se van a la universidad, casi ninguna vuelven», se lamenta la presidenta de la Federación de la Mujer Rural (Femur), Juana Borrego. «Buscan trabajo para

dedicarse a los estudios», agrega. Con todo, hay agricultoras y ganaderas que son universitarias y mantienen ese vínculo.

Para la representante nacional del colectivo, los medios son esenciales para facilitar la inserción. «Lo más importante es que haya jóvenes para aumentar la población y poder dar vida a nuestros pueblos», valora. Las viviendas

han mejorado, pero muchas están deshabitadas y la federación sugiere proceder a su restauración. «Muchos no pueden vivir porque no tienen casa», advierte Borrego. Además, faltan colegios, guarderías o comercios de alimentación, entre otras carencias que arrastra la vida cotidiana en los pueblos de la España cada vez más vaciada. «Los servicios bancarios no están de acuerdo a la necesidad que hay», apostilla. Algo parecido ocurre con la sanidad, tanto en cuanto a personal como aparata-

je. «Faltan recursos para el cuidado de los mayores y todos estos servicios recaen más en la mujer que en hombre», se queja.

Juana Borrego cree que negocios que abrieron en el medio rural peligran por la falta de una estrategia política a largo plazo. «Se está dando formación a lo loco, sin pensar, y ahora no hay renovación, no hay relevo. Es una pena que los pueblos se vayan muriendo poco a poco. No hay población porque no hay servicios», concluye su reflexión en voz alta.



Juana Borrego

EL DATO

464

mujeres trabajan en explotaciones agrarias localizadas en Castilla y León. En el conjunto del país, son 1.055.

los pueblos los mantiene la gente mayor, la que no puede salir, porque los jóvenes se largan a Cuéllar a comprar al Mercadona», relata Fuencisla, quien añade que «cada vez hay menos gente mayor porque se van a la residencia o se mueren». Estos ultramarinos pierden a los parroquianos tradicionales.

La formación es clave, así que la Federación Nacional de la Mujer Rural incide en la cercanía de los centros de formación y en la inserción laboral que lograr los cursos. «No hacen el curso para formarse, sino para trabajar después y ser independientes», pone de relieve la presidenta de la organización. El 30% de las mujeres cuenta con estudios universitarios; otro 15% ha culminado Formación Profesional, y do de cada diez acabaron Primaria.

Borrego hace hincapié en cómo han mejorado las condiciones laborales de la mujer gracias a la formación. «Si quieren ser emprendedoras, hay que empoderarlas, que se está haciendo. Ahora hay muchos aspectos para motivar a la mujer», reitera la presidenta de Femur. Las campañas de recogida de tomate, fresa o patata consolidan la presencia de la mujer en el campo.

El emprendimiento es otra pata crucial. Borrego esgrime que la mujer es más emprendedora. «Hay que conectar con las jóvenes, que haya un proyecto adecuado para ellas», conmina la responsable de la federación. La apertura de miras, «haber salido del pueblo», amplía el abanico laboral; pero la pelota está en el tejado de las nuevas generaciones.



Marta García, con su portátil, en Casla, desde donde trabaja en su empresa de eventos. FIRMA

«La gente se sorprende de que viva en un pueblo con 24 años»

Marta García ha asentado su vida y su trabajo en la pequeña localidad de Casla, desde donde opera con su empresa de organización de eventos

L. J. G.

SEGOVIA. Marta García Monjas se quedó con la condición de su padre, empresario, no con el negocio, su restaurante. «He visto ese liderazgo, ser el jefe, organizar tú todo, siempre me ha gustado», afirma esta joven segoviana de 24 años. «Desde pequeña tenía claro que quería ser mi propia jefa, no quería trabajar para nadie, reitera su premisa. Lo que no esperaba es que abriría su empresa en un pueblo de unos 150 habitantes como Casla. «Hace tres años me dices esto... Yo de pue-

blo, solo en verano. Y ahora, no me metas en una ciudad», comenta esta emprendedora.

Cuanto terminó Bachiller, no tenía «ni idea» de qué estudiar, así que empezó un grado superior de Asesoría de Imagen. Allí encontró una asignatura de organización de eventos que le marcó el camino. Tras cuatro años de formación superior, abrió su empresa con sus iniciales (MGM) y lleva un año con ella. A ello se añaden cursos especializados en decoración de globos o en una 'candy bar', una mesa dulce con chuches personalizadas.

Es un sector en auge con eventos nuevos como la revelación del sexo del bebé, que se suman a los cumpleaños o comuniones más tradicionales. El evento que recuerda con más cariño fue un 60 cumpleaños en el que le pidieron una fiesta temática de los años 80.

«Hice una pared de globos con colores llamativos, guitarras o micrófonos», explica. Casla es su centro de operaciones y se desplaza para los acontecimientos que organiza.

Más calidad de vida

Vivía en Madrid, pero se trasladó a este pequeño pueblo segoviano para ahorrarse el alquiler en plena pandemia del coronavirus. «Era volver con mis padres después de cuatro años o quedarme sola en Madrid. Entonces vi que esto me gustaba, pero esto no entraba en

«Algunos pueblos tienen que incentivar que la gente quiera venir. Aquí pusieron fibra óptica», arguye la empresaria

mis planes, ni de lejos», admite Marta. «Vivir en un pueblo es una de las mejores cosas que hay, salir a la calle y ver naturaleza, campo, sierra, estar tranquila... La calidad de vida es mucho mejor aquí que en una ciudad grande, no hay contaminación ni ruido; solo oyes al panadero», desgrana las ventajas de la vida rural.

La joven dibuja un pueblo en el que conoce a todo el mundo. «Me levanto, trabajo, cosas de casa y hay que poner chimenea porque aquí te congelas aunque haya calefacción». También cuenta sus «paseos por el monte, y los fines de semana sí que viene gente y te juntas en el bar». Con todo, que ella esté allí es gracias a la tecnología. Las redes sociales son el escaparate de su trabajo y la fibra óptica es indispensable. Se sorprende al no echar nada de menos de su antigua vida. «He cambiado mucho y me gusta más ahora que antes», reconoce la empresaria. La definición que hace de sí misma es un paradigma de la integración de la mujer en el mundo rural. «Soy una chica independiente que no necesita nada de los demás ni me importa lo que piensen o digan».

Su caso es una anomalía demográfica en un pueblo con otras tradiciones. «La gente se sorprende de que yo viva en un pueblo con 24 años, parece que si vives en un pueblo tienes que trabajar en la agricultura o ser ganadera, pero hay más cosas, como estar trabajando desde casa», matiza. «Si quieres una vida tranquila, da igual a lo que te dediques», apostilla Marta. Por otro lado, asume las contrapartidas, los viajes en coche de más.

La lucha contra la despoblación es tratar de que su caso no sea aislado. «Algunos pueblos tienen que incentivar que la gente quiera venir. Aquí pusieron fibra y a la gente que ha teletrabajado este verano le ha venido bien; pero hay que hacer más cosillas para que también se queden en invierno», concluye la joven.



016

Por ahí **NO.**
Es **agresión** sexual.

Junta de Castilla y León